



Círculos Infernales



Presenta

Colección



Aquelarre



Círculos infernales

Créditos:

Círculos infernales

Primera edición digital: septiembre 2016

Código: 9785400038635050095

Autores: Andrés Abel, Francesc Barrio,
Jacobo Feijóo, Enrique Luque de Gregorio,
José Manuel Fernández Aguilera,
Javier Fernández Bilbao, Pablo Loperena,
Miguel Martín Cruz, Pedro Moscatel, Víctor Núñez,
Emilia Pardo Bazán, Francisco Jota-Pérez,
Gema del Prado Marugán y Soizik Stiwell.

Maquetación y diseño: Kachi Edroso y Miguel Puente

Diseño de portada: Kachi Edroso y Miguel Puente

Corrección de estilo: Juan Ángel Laguna Edroso

Ilustraciones interiores: Gustave Doré

Editor: Juan Ángel Laguna Edroso

Seleccionador: Fernando Lafuente Clavero

Edición: Saco de huesos

Paseo Fernando el Católico, 59. ED 5A CP 50006 Zaragoza

Más información en www.sacodehuesos.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos (ww.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Prólogo

**Dejad atrás toda esperanza, vosotros
que entráis**

El infierno es la ausencia de Dios, dicen. Una máxima con la que incluso algunos ateos estarían de acuerdo porque, a fin de cuentas, este mundo parece muchas veces un infierno. También hay quien considera que el infierno es una especie de asustaniños para adultos, un lugar con el que amenazar a la gente para tenerla bien sujeta y llevar al rebaño por el que decidan que es el buen camino. Otros lo ven más bien como lo contrario: como un espacio distópico para consolarnos en nuestra existencia cotidiana y decirnos que, por lo menos, no estamos en ese lugar peor por excelencia.

Más allá de todas las consideraciones teológicas, sociales y filosóficas, hay también otro infierno que hemos ido creando entre todos desde los albores de

la humanidad. Se trata de un espacio físico, de un lugar propiamente dicho, que varía con las culturas y las épocas, pero que es fácilmente identificable. El Tártaro, el Averno, el Inframundo, el Gehena, el Helheim, los Pozos de Arallu... Se lo conoce por muchos nombres, pero mantiene una misma capacidad de sugerencia y ensoñación.

Para aquellos que trabajamos con la ficción de lo macabro, este infierno estético y palpable es una materia prima de primer orden. Autores como Danti Alighieri, con su *Divina comedia* –a la que rendimos un modesto homenaje en este volumen a través de los grabados de Gustave Doré– han mostrado hasta qué punto su idiosincrasia puede resultar seductora para el lector. De alguna manera, se abren las puertas de lo fantástico para dar cabida a los sentimientos del terror, y la mezcla no puede ser otra cosa que un raro brebaje difícil de medir con acierto.

Los trece autores que recogemos en estas páginas han lidiado con este desafío desde perspectivas dispares. El horror existencial se da la mano con la aventura pulp y convive con la angustia del gore. Encontramos paisajes dignos de los fascinantes cuadros del Bosco y cuadros de un realismo tal que parecen capaces de hacernos visitar el infierno en

primera persona, como hizo el santo homónimo italiano en sueños. Algunos nos plantean cuestiones morales; otros, simplemente, la fragilidad del ser humano. A gusto del lector queda encontrar su infierno preferido.

En Saco de huesos estamos satisfechos. Con esta antología contribuimos a pavimentar ese camino metafórico hacia las profundidades, a dotar de algunas cámaras adicionales a las insondables profundidades del abismo. Esperamos que disfrutéis adentrándoos en sus misterios. Y que no olvidéis que la culpa no es solo nuestra, sino sobre todo de esos inigualables diablillos que son los autores de la casa. Sin ellos, hace tiempo que nuestras calderas habrían perdido fuelle.

Juan Ángel Laguna Edroso
Editor

En Eyriac, a 3 de septiembre de 2015

La Nochebuena en el Infierno

Por Emilia Pardo Bazán

Hacía un frío siberiano y estaba tentadora para pasar las últimas horas de la noche la cerrada habitación, la camilla con su tibia faldamenta que me envuelve como ropón acolchado, y el muelle sofá de damasco rojo, donde el cuerpo encuentra mil posturas regalonas en que digerir pacíficamente la sopa de almendra y la compota perfumada con canela en rama. ¡Pero no asistir a la Misa del Gallo en la catedral! ¡No oír los gorgojeos del órgano mayor cuando difunde por los aires las notas, trémulas de regocijo, del Hosanna! ¡Nochebuena, y quedarse así, egoístamente, acurrucada, al amor del brasero! No puede ser. Ánimo: un abrigo, guantes, calzado fuerte... A la calle en seguida.

Bañada por la misteriosa claridad de la luna, la ciudad episcopal dormía. Extensas zonas de sombra

y sábanas de infinita blancura argentada alternaban en las desiertas calles. Nunca estas me habían parecido tan solitarias, tan fantásticamente viejas, ni tan adustos los cerrados caserones que ostentan su blasón cual ostentaría la venera un caballero santiaguista, ni tan medrosos los sombríos soportales, que descansan en capiteles bizantinos.

El bulto embozado que al través de aquellos túneles de piedra se desliza a paso de fantasma, ¿no podrá suceder que realmente lo sea? ¡Lo es, sin duda! ¡Lo es! Siento que la sangre se congela en mis venas al observar cómo el bulto, saliendo de las tinieblas del soportal, se dirige a mí y se me pone delante, mudo, derecho, con un dedo apoyado en los labios. Olas de luz lunar lo envuelven y me permiten distinguir su faz de cera, que recatan el alto cuello de un montecristo azul y las alas de un sombrero de fieltro caprichosamente abollado. ¡Yo conozco a este hombre...! es decir, ¡yo le conocí en otro tiempo, cuando era niña!... ¡Lo vi un instante, y nunca olvidé su melancólica y pensativa silueta! Entonces, los estudiantes recitaban sus versos y celebraban sus dichos impregnados de mordaz ironía... Pero, un año después de haberlo visto yo, el poeta se pegó un tiro: la bala le entró por la oreja izquierda y le salió por la

sien. ¿Cómo es que pasados cuatro lustros me lo encuentro en la calle, a estas horas, la noche del 24 de diciembre, camino de la catedral?

Quiero preguntárselo, y me sucede lo que cuando probamos a gritar en sueños; en mi laringe no se forman sonidos. Él tampoco habla: me hace señas para que le siga..., y le sigo, en dirección a la basílica, cuya masa enorme se alza dominando la Quintana de Muertos.

En vez de entrar por el pórtico bizantino, donde se agolpan los fieles que concurren a la misa nocturna, mi guía y yo nos pegamos al muro de la fachada nueva, y ante nosotros se abre sin ruido una puertecilla pintada de rojo, que yo siempre había visto cerrada. Un pasadizo estrecho, que se enrosca por las entrañas de piedra de la catedral y se va sumiendo cada vez más hondo, se nos presenta: mi fatídico guía se enhebra por él, y yo voy en pos, sin miedo. Verdosas vegetaciones, humedad rezumada por los poros de la cantería, dan a aquel pasadizo gran semejanza con el interior de los acueductos. Allá, a lo lejos, oscila una lucecilla, y diríase que, en vez de acercarnos a ella, la vemos cada vez más distante. Bajamos y bajamos cuevas, rampas, escalones casi insensibles al principio, después tan

escabrosos y pendientes que ya, más que bajar, creo rodar a tropezones. La fatiga y unos asomos de susto me detienen un instante, y entonces mi guía, siempre callado, se vuelve y me hace señas para que continúe. Ya no son escalones: son despeñaderos pedregosos, cantiles de berroqueña, tajos inmensos, de donde amenazan desplomarse gigantescos pedruscos, y luego, una playa árida, escueta, límite de un mar pesado y aceitoso, con olas de un gris de plomo fundido... A la izquierda divisamos resplandores rojizos, intermitentes, como si algún incendio devorase el caserío de los pescadores de aquella ribera maldita.

—Oye, poeta —digo a mi guía, que no da señales de detenerse; antes sigue en dirección del incendio—, no quiero más. No sé adónde me llevas, y contigo no voy tranquila. Debes de ser ánima del otro mundo, porque consta que el tiro fue mortal, y tu sepulcro, que luce una inscripción enfática, se les enseña a los curiosos en un cementerio muy poblado de cipreses y adelfas. No tengo preocupaciones, pero la broma ya me parece pesada. Te desconjuro. Rezaré por ti; rezaré devotamente... si me vuelves al punto a la plaza de la catedral.

—¿De qué me sirven a mí los rezos? —contestó mi guía, en voz serena y desesperada, voz de hielo, por decirlo así—. Ven conmigo, y no pidas guía mejor, que Virgilio no había de molestarse en servirte de cicerone. Yo fui uno de los poetas menores del Parnaso romántico: la musa no me amaba lo bastante para hacerme inmortal, y quise ser inmortal desposando a mi musa con la muerte... ¡Ojalá detrás de esta no hubiese encontrado sino la nada!

Al hablar así, el poeta no hacía contorsiones; su cara, de busto de mármol, no se descomponía ni se alteraba; solo sus ojos me parecieron anegados en un llanto... que era fuego a la vez.

—¿Estás en el Infierno? —pregunté, con tanta piedad como asombro.

—Así lo llamáis los vivos —respondió el condenado—. Nosotros lo llamamos Mundo Inferior, y a su rey le nombramos el Bajísimo.

—¿Por oposición al Altísimo?

Solo contestó con un suspiro el poeta.

—Pues yo no quiero tratarme con esa gente —insistí, viendo que de nuevo principiaba a andar mi guía—. Yo no tengo vocación de suicida. A mí, la vida me parece amable, y Dios, bueno, y sus obras perfectas; el arte me proporciona goces, la naturaleza

me vivifica; creo en la amistad (no atravesándose el interés), y no tengo malo el estómago. Déjame de réprobos. Déjame de fronteras donde sea género de contrabando la esperanza.

—Si no descendieras al Mundo Inferior —contestó mi guía, mirándome de pies a cabeza con desdén glacial—, serás inferior tú misma. Quien no realiza la bajada a los Infiernos, que no se tenga por artista humano. Peor para ti si retrocedes. Ya me sospechaba yo que tendrías miedo, y por eso elegí esta noche para introducirte en la mansión del dolor. Para que veas cómo del mismo Infierno no está desterrada la piedad, te traigo a él la única noche del año en que no se atormenta a los pecadores. ¿Ves cómo la roja luz de los hornos de hierros va palideciendo y transformándose en blanco fulgor sideral? ¿Ves cómo las llamas ya son luminarias? No es que el Infierno se alegre del nacimiento de Cristo, porque en el Infierno no cabe alegría; la pena de daño, que es la tristeza, no se nos perdona jamás; pero esta noche se interrumpe la de sentido: los suplicios cesan, y cesan también los aullidos, el rechinar de dientes, el rugir y el maldecir. Ven sin temor... ¡Adelante! ¿No ves, allá lejos, en el último confín de ese mar de metal antes candente, una claridad casi

imperceptible, que tan pronto riel a como se apaga? Es el último reflejo de la estrellita de Belén..., que alumbra otros parajes menos espantosos. Hasta el amanecer no cesará de rielar, y mientras riele, mal que le pese al Bajísimo, sus verdugos no podrán torturarnos. Entra sin recelo... Te creerás en el mundo terrestre, porque solo verás tristeza y amargura, pero no entrañas arrancadas y pies tostados por el fuego...

Como si no dudase de mi aquiescencia, echó delante, y, en efecto, lo seguí animosa, sintiendo despertarse ya la curiosidad inextinguible. Cruzamos la puerta sombría con su lema de color oscuro, y vi desde el primer momento que el poeta menor no me había engañado. Aquello, si era infierno, no lo parecía. Nadie se lamentaba por allí. A la puerta se agrupaban los indiferentes; los conocí por su actitud, no porque los importunasen avispas ni moscones. Más adelante, los culpables por pasión no giraban en tremendo remolino a través del negro ambiente; inmóviles, distribuidos formando parejas, se miraban con ansia infinita.

El recio aguacero y el duro granizo no azotaban las espaldas de los golosos, y los avaros reposaban sentados en los ingentes peñascos que sin cesar se

encuentran compelidos a subir por cuestas y asperezas, empujándolos con el mísero pecho, donde no tuvo cabida la generosidad. Apagadas las fosas de llama o braseros donde los epicúreos materialistas y herejes sufren el castigo de sus errores nefandos, los achicharrados respiraban, y todavía sus ojos, fuera de las órbitas, y su carne, retraída y que descubría el hueso, demostraban la violencia del atroz suplicio. Por el suelo vi trozos humanos, fragmentos del despedazado tronco de los violentos e iracundos, que pugnaban por juntarse aprovechando la breve tregua de horas; las sangrientas cabezas se empalmaban sobre los hombros, las manos descepadas se adherían al brazo otra vez. Al pasar por la umbrosa selva de árboles vivientes, mi guía se volvió y me miró con un dolor tan intenso, tan altivo, tan insondable, que recordé... ¡Los suicidas son los que sufren tal pena; los que, desgarrados perpetuamente por leñadores implacables, acogen entre sus dolientes ramas, al través de las cuales circula la sangre quemada, a las harpías vengadoras!

A la sazón, los horribles monstruos habían desaparecido. En la selva no resonaban quejidos de

agonía. El Infierno descansaba. Presté oído... Ni un sollozo.

Con todo, juraría que allá, en un rincón... ¿Me equivoco? No: alguien gime, alguien se retuerce, alguien profiere imprecaciones y maldice de la hora en que su madre lo echó al mundo...

—Poeta —le dije—, me has mentado. Sácame de aquí. Están atormentando... No quiero oír ni ver... Sácame a la luz; me angustia esa queja tan dolorosa.

—Tienes razón; se me olvidó avisarte —declaró el poeta—. Es cierto que atormentan a uno... el único... la excepción... ¡Le fustigan con varas de alambre enrojecido y le echan por la boca pez hirviendo! Escucha: es que ese hombre asesinó a un rival. Hacía muchos años que proyectaba el crimen y la venganza; no encontrando ocasión de realizarla sobre seguro, acechaba en la sombra, callado, siniestro. Una noche como la de hoy encontró a su enemigo en despoblado. La víctima iba a caballo, y picaba la espuela, porque quería llegar a tiempo de cenar con su madre y acompañarla a la iglesia a celebrar el nacimiento de Aquel... Mano a la rienda de la cabalgadura; puñal asestado, golpe seguro, en mitad del corazón... La madre que esperaba a su hijo recibió a la hora de la misa del Gallo un cadáver

cosido a puñaladas. Por eso el asesino no goza de la inmunidad de esta noche, que no respetó.

–Vámonos –supliqué con energía.

–Vámonos –contestó el poeta–. Te llevaré a ver la Nochebuena en el Purgatorio.

Sobre la autora de «La Nochebuena en el Infierno»:

Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1851 - Madrid, 1921) es una de las grandes autoras del siglo XIX en España. Aristócrata, no aceptó las limitaciones que intentaron imponerle como mujer y desarrolló una impresionante carrera cultural. Novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poeta, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante, su papel fue clave para la introducción del naturalismo en España, algo que le valió numerosas críticas por posicionarse a favor de «la pornografía francesa y la literatura atea», a pesar de ser ella una católica devota. Admiradora del padre Feijoo, se relacionó con autores de la talla de Víctor Hugo o Concepción Arenal, a quien propuso infructuosamente a la Real Academia de la Lengua. Ella misma sería rechazada en tres ocasiones para el cargo a pesar de haber sido la primera mujer en presidir la sección de literatura del Ateneo de Madrid. Durante más de veinte años mantuvo una relación extramatrimonial con Benito Pérez Galdós. Ya en vida, sus obras completas fueron editadas en 43 volúmenes. Aprovechó la herencia

paterna para crear una revista escrita por ella sola, *El Nuevo Teatro Crítico*.

Cancervecero

Por Andrés Abel

–Se le va a calentar la cerveza.

El lugar se llamaba *The Bleeding Lamb*. Tenía un cartel colgante de madera tiznada en la puerta y una placa en la fachada que mostraban dos fechas distintas: la de su fundación, hacía casi dos siglos, y la de su reconstrucción después de que una bomba lo dejara reducido a escombros, en una época escalofriantemente cercana. Por fortuna la reforma había intentado acercarlo a su estado original, más que acomodarlo –como suele ocurrir tan a menudo– a la idea que los turistas tienen de un *pub*.

Damián había dejado el anorak en el perchero de la entrada y se sentaba en la barra con la mochila descansando a sus pies, tan grande como para transportar a otra persona dentro. Un camarero de aspecto raposino, que tenía por costumbre desaparecer después de cada servicio, le había ofertado dos tipos de sándwiches: *ham with cheese* y *cheese with ham*. Damián pidió uno de cada.

Acababa de atizarse el último bocado, junto a su segunda pinta de cerveza, y por fin se había decidido a desatar su mejor inglés sobre el otro cliente que ocupaba la barra.

El tipo debía de triplicarle la edad y doblarlo en tamaño. Parecía bastante capaz de darle una paliza, a pesar de las canas que se concentraban en su barba. Cuando le devolvió la mirada levantó el brazo derecho, que hasta ese momento había permanecido oculto a su vista, y lo apoyó sobre el mostrador. La mano había sido reemplazada por un garfio. Damián se estremeció igual que si lo hubiera apoyado sobre su pierna.

—Se le va a calentar la cerveza —volvió a decir, como si la repetición de aquella fórmula pudiera devolverlo al momento en que la pronunció por primera vez, antes de la aparición del garfio. Pero el tiempo no retrocedió; tan solo daba la impresión de haberse ralentizado. Damián siguió adelante tratando de no mirar la prótesis—. De tanto apretar el vaso, digo. Desde que estoy aquí no le ha quitado la mano de encima. —Y sin poder evitarlo, añadió—: La mano de verdad.

La temperatura de su cuerpo subió tan deprisa que no le habría sorprendido sufrir un caso de

combustión espontánea. Puede que incluso lo hubiera agradecido. Siempre habría podido apagarse aflojando la presión que de repente se había adueñado de su vejiga.

El hombre del garfio habló sin dejar de mirarlo, pero sus primeras palabras no estuvieron dirigidas a él.

—¡Mooney! —gritó con una familiaridad que seguramente se podía medir en décadas—. Ponle otra cerveza al muchacho.

Damián se relajó lo suficiente como para estar a punto de mearse encima.

—Gracias... —balbuceó. Enseguida se escucharon pasos apresurándose desde el otro lado del gran espejo rodeado de botellas que reflejaba la escena.

—¿Cómo te llamas?

—Damián —dijo Damián.

—*Damian*—repitió el hombre del garfio, tomando un trago para que le bajara el acento—. ¿De dónde eres?

—De España. —El movedizo camarero le puso delante una nueva pinta de cerveza, rubia como las dos anteriores, y volvió corriendo a la cocina o adonde fuese que transcurría su vida secreta, paralela a la de la barra.

–¿Es ahí dónde os coméis los caballos? –siguió preguntando el hombre.

–No... –contestó Damián, antes de dar él mismo un trago–. Bueno, puede que alguna gente... –Mientras hablaba, volvió a dejar el vaso sobre la barra.

El garfio se levantó como un resorte para señalar acusadoramente aquella acción y rubricar el grito de su dueño:

–¡No sueltes la cerveza!

En su prisa por volver a agarrar el vaso, Damián estuvo a punto de volcarlo. Cuando lo tuvo entre los dedos apretó tan fuerte que por un instante temió que fuera a romperse. El garfio volvió a posarse en el mostrador.

–¿No conocéis en España la leyenda de *Cerberus*? –preguntó el hombre.

–¿*Cerberus*? –repitió Damián, atreviéndose a corregirlo.

–*Cerberus* –insistió aquel.

Damián tradujo mentalmente aquella variación del nombre como «Cancervecero»¹ (NOTA: Del inglés *Cerberus*, 'Cancerbero', y *beer*, 'cerveza'.), lo cual le hizo bastante gracia, pero se cuidó mucho de que su cara diese señas de ello. Ya había tentado

antes a la suerte y no quería terminar ofendiendo a aquel tipo. De hecho, decidió que simplemente le dejaría contar su historia, ya que tan claro estaba que se moría por hacerlo.

—No, no conozco la leyenda de *Cancervercero* —le concedió por fin, imitando su pronunciación.

El hombre del garfio asintió satisfecho y bebió apenas un sorbo, suficiente para manchar su bigote de espuma oscura. A continuación se limpió con la juntura de la prótesis.

—Cancervercero es el guardián de los infiernos —explicó, suavizando un poco su torrente de voz—, un perro de tres cabezas con una serpiente en el culo... En el lugar donde debería estar el rabo, quiero decir. No es que la tenga *metida* en el culo. —El garfio se movió adelante y atrás en el aire para ilustrar la apostilla, y después se levantó en vertical como un interrogante—: ¿Qué crees tú que es peor? ¿Vivir para siempre con una serpiente en el culo, o acoplado al ojete de un perro? —Damián ni siquiera tuvo tiempo para encogerse de hombros—. Supongo que esos son sus infiernos particulares... Porque esa es justo la cuestión, amigo Damián: existe un infierno especial para cada uno de nosotros, y Cancervercero se

encarga de conducir a cada recién llegado hasta el suyo. Por ejemplo, cuando tú llegues allí...

—¿Por qué iba a ir yo al infierno? —exclamó Damián, interrumpiendo la narración y el trago que se estaba tomando. Cuando hizo ademán de soltar la cerveza sobre la barra el hombre volvió a levantar el garfio. Damián dio marcha atrás rápidamente y continuó hablando con el vaso en la mano—. ¿Cree que soy mala persona? —Todavía le remordía la conciencia por el episodio de antes.

—Oh, no. No se trata de eso. Lo realmente difícil es no acabar allí. ¿Sabes la cantidad de religiones que hay? Lo que no es pecado en una es pecado en otra. Y solamente hay un infierno para todas ellas. Hay que ser un verdadero santo para librarse del fuego eterno.

—Vaya... —se limitó a decir Damián con verdadero aire de preocupación.

—Pues sí —dijo el hombre del garfio—. Porque... ¿quién quiere ser un santo, ¿verdad?

La risa de Damián se convirtió en una tos simulada al ver que el rostro del hombre permanecía imperturbable. Fingió que se aclaraba la garganta mientras aquel regaba la suya por dentro.

–Entonces, cuando yo llegue al infierno... –dijo dándole pie para que continuara.

–Exacto, exacto... Cuando llegues al infierno, Cancervercero te olerá con sus tres hocicos, y de ese modo sabrá cuál era tu mayor miedo antes de morir; entonces te pedirá que le sigas (y recuerda que sabrá si no lo haces, porque tiene una serpiente en el culo) y te conducirá hasta el umbral de tu tormento, junto a las demás almas que en vida compartían tu mismo temor.

»Si os asustaban las arañas, eso será lo que encontréis al otro lado: legiones de patas luchando por convertirlos en sus nidos, o quizás por aplastarlos y llevarlos hasta ellos...

»Si teníais miedo de ahogaros, esa será la suerte que corráis una y otra vez: el agua subirá hasta cubrirlos y hará estallar vuestros pulmones, que luego volverán a crecer tan pronto como baje el nivel y el ciclo vuelva a empezar...

»Si os angustiaba que alguna alimaña empapada pudiera trepar por el váter y penetrar en vuestros cu...»

–Vale, vale, ya lo pillo.

–Así es, *Damian*. El infierno no es solo una eternidad de sufrimiento: es una eternidad de

sufrimiento *personalizado*. El peor que uno mismo sea capaz de imaginar.

Y dicho esto, tomó un buen buche de cerveza. Damián lo imitó.

–Bueno –dijo secándose la boca con el dorso de la mano–, por lo menos estaré acompañado.

–¿Te da miedo estar solo? –le preguntó el hombre del garfio.

Damián miró la mochila unos segundos, como si la respuesta residiese en sus costuras. O bien no la tenía clara, o bien no estaba seguro de querer darla.

–Sí –contestó finalmente.

–En ese caso –respondió el hombre del garfio–, en tu infierno no habrá ni un alma.

Y de nuevo volvió a beber, sin ningún atisbo de humor en el rostro. Damián se resignó y bebió otra vez con él. Entonces cayó en la cuenta de que las últimas veces había mantenido el vaso en su mano de manera natural.

–Vale, pero ¿qué tiene que ver todo eso con que nunca suelte su cerveza? Y que de paso tampoco me deje soltar la mía...

–Exacto, exacto, ahí es donde íbamos, ¿verdad?

El hombre se le acercó un poco más, colocándose en el borde de su asiento.

-Pues ocurre, amigo mío, que hay una forma de burlar tan terrible destino.

»Porque aquello que estés agarrando en el momento de tu muerte viajará contigo al infierno.

»Y resulta que a ese chucho le encanta la cerveza.»

La cabeza de Damián trazó una curva milimétrica, como si hubiera sido víctima de un minúsculo mareo.

-¿Así que es posible sobornar a... *Cancervercero*... para que te deje marchar... ofreciéndole un trago de cerveza? ¿Es eso lo que me quiere decir?

-Eso es justo lo que te quiero decir.

-Pero para poder hacer eso tienes que estar sujetando una en el momento de tu muerte.

-Exacto, exacto.

-Porque no puedes comprar cerveza en el infierno.

-Claro que no. Por eso lo llaman infierno.

El hombre del garfio se quedó mirándolo en silencio, con los ojos tan abiertos que Damián podía ver su cara de pasmo reflejada en ellos, y de repente estalló en una carcajada que hizo que le diese un vuelco el corazón. Era una risa grave y escandalosa, igual que su voz, que no tardó en contagiársele y barrer como una riada toda la tensión que había

acumulado. Un par de contracciones bastaron para que tuviera que salir corriendo escaleras abajo, casi sin poder excusarse, rezando porque fuera allí donde se encontraban los urinarios.

A su regreso el tipo del garfio aún seguía sonriendo. Aliviado ya de todas sus cargas, Damián insistió en devolverle la invitación, y pudo comprobar que efectivamente se tomaba muy en serio su propia historia, o al menos fingía hacerlo delante de él: nunca se terminaba una cerveza del todo, y *la mano de verdad* siempre saltaba rauda del vaso semivacío a la pinta recién tirada.

Conversaron un rato de sus respectivas tierras, pero ya no más de las de abajo, hasta que llegó la hora de que Damián reemprendiera su viaje. Le habría gustado que el tipo abandonara el local con él para ver si se marchaba a casa llevándose un vaso a medio terminar, pero después de apretujarle la mano y dedicarle un sonoro «*Godspeed!*» volvió a tomar asiento en su taburete.

Cuando Damián, acolchado en su anorak y con la mochila auestas, se disponía a cerrar la puerta del establecimiento detrás de él, el hombre lo llamó desde la barra.

—¡Eh, *Damian!* —le gritó.

-¿Sí?

-¡Tú solo asegúrate de soltar la cerveza antes de que Cancervercero la muerda! -le dijo despidiéndose con el garfio.

Sobre el autor de «Cancervecero»:

Andrés Abel (www.andresabel.com) iría al infierno para rescatar el alma de cualquiera de sus lectores, pero seguramente después sería incapaz de encontrar el camino de vuelta y acabarían los dos vagando juntos *ad infinitum*, así que, mira, no, no iría.